

DISCURSO PREMIO JULIO BANACLOCHE.

El poeta T.S. Eliot dijo: *“sólo aquellos que se arriesgan a ir demasiado lejos pueden descubrir hasta dónde se puede llegar”*.

Buenas tardes. Tras esta pequeña cita, me gustaría saludar a los Miembros de la Fundación de Estudios Financieros y Tributarios, a D. Julio Banacloche, a demás distinguidos integrantes del público aquí presente y, por supuesto, a mis padres, a Teresa y a Carmenpi, agradeciendo a todos su presencia en un momento tan especial que, sin duda, marcará el resto de mi carrera profesional.

No he podido evitar la tentación de citar al gran Eliot, mi escritor predilecto, y siempre fuente de inspiración hasta en los mayores momentos de indecisión e incertidumbre. Y, precisamente, esta frase resume la razón de por qué estamos aquí, de por qué estoy aquí, y no es otra que buscar siempre la mejor versión de mí mismo. Así pues, no cabe otra forma que presentarme “a mí mismo” para así poder seguir completando el círculo.

Mi nombre es Javier Tello. Nací en Sevilla en mayo de 1997, y he vivido desde entonces en esa hermosa “joyita” del sur de España. Mis padres, Javier y Pilar, de profesiones muy lejanas a lo jurídico (mi familia paterna es de tradición médica y mi familia materna agrícola), siempre me inculcaron una serie de valores que nada distan de lo más estrictamente relacionado con el mundo del Derecho, como pueden ser actuar siempre con buena fe, ser una persona bondadosa y, sobre todo, ser justo (en un sentido que bien podría recordar a Celso cuando dijo que *“la justicia es el arte de lo bueno y lo equitativo”*).

Sin embargo, no sólo me dotaron de unos extraordinarios valores, sino que siempre me trataron como un adulto, me hicieron partícipe desde que era un infante de las decisiones familiares, y me inculcaron una cualidad que considero esencial, y es ser una persona resolutiva, capaz de solucionar de forma independiente los problemas, si bien teniendo en cuenta los posibles consejos que me pudieran dar, pero teniendo claros mis objetivos y principios y no desviándome de mi propio camino. Gracias, papá y mamá, sin vosotros no estaría aquí ahora mismo.

En mi entorno familiar siempre ha habido una especial conexión con el mundo del arte, especialmente la pintura, la cual se constituyó, desde bien joven, en una de mis pasiones. Entre otras figuras a destacar en este sentido, mi tío abuelo, el pintor abstracto Manuel Barbadillo, padre del arte cibernético y malagueño adoptivo, hizo que toda mi familia paterna tuviera una cierta vinculación con este curioso mundo, especialmente en el caso de mi padre, el cual, actualmente, es el encargado de gestionar el legado de su obra.

En mi caso particular, mi forma de aportación artística, además del amor por la pintura, es la Literatura, concretamente la poesía. Así pues, escribo poesía desde los ocho años, y desde hace aproximadamente tres años con una orientación más “profesional” podría decirse, habiendo escrito dos libros de poemas en verso libre y publicado sendas poesías recientemente en la afamada revista Sibila de arte y literatura, siempre de la mano del gran poeta Juan Carlos Marset, al que le debo mi salto de una obra más personal a una obra con proyección nacional.

En lo que a mi educación se refiere, estudié en el Colegio Marista San Fernando de Sevilla, un colegio concertado situado en el barrio de Triana, muy cercano a nuestra

antigua casa. En este colegio recibí una formación excelente, pues te enseñaban desde bien pequeño la lección de que la excelencia exige sacrificio, y que el 10 es para la perfección. Si bien había quienes se contentaban con “ir aprobando”, yo siempre traté desde bien pequeño de dar la mejor versión de mí mismo, pues una de mis virtudes (o defectos, quien sabe) es un odioso perfeccionismo que también caracteriza a mi padre.

Tras 12 años en los maristas, acabé el Bachillerato de Ciencias Sociales con una nota media de 10 acompañada de matrícula de honor, distinción que me fue otorgada junto a dos compañeras y amigas, cada una de las cuales tomó un camino muy diferente al mío: una de ellas decidió estudiar Historia del Arte, mientras que la otra Biotecnología. No sería justo quedarme aquí y limitarme a citar mis méritos, pues mi amiga la historiadora fue galardonada el pasado año con los Premios Real Maestranza y del Ayuntamiento por sus extraordinarios méritos académicos, en tanto que mi amiga la biotecnóloga reside actualmente en Alemania y trabaja en investigación al máximo nivel.

La Prueba de Acceso a la Universidad, conocida y temida popularmente como la “Selectividad”, no me infundió el temor que a todos mis compañeros les supuso, y ello porque ya tenía bajo el brazo la matrícula de honor por la que tanto había luchado. Por tanto, preparé las pruebas con mimo, y realicé mis exámenes con tranquilidad.

Recuerdo que era verano, y que mi abuelo Enrique (por lo demás, la persona más inteligente que he conocido y un referente para mí en todos los sentidos dada la especial relación que me unía con él), desde que realicé las pruebas, llamaba todos los días a mi padre para preguntarle si habían salido ya las notas. Cuál fue mi sorpresa cuando un día llamó y dijo: “ya no me hace falta que me digas las notas de Javier, las he leído en prensa”. Sinceramente, todos pensamos que era demasiado temprano para que el abuelo anduviera con bromas. Pero era cierto. Así pues, mi nota de la fase general de la PAU junto con mi media de Bachillerato fue de un 9,9 sobre 10, siendo, junto con otro joven, la nota más alta de la provincia de Sevilla.

Ante el abrumador éxito, y ya habiendo decidido estudiar Derecho y ADE, todo el mundo me preguntaba que por qué había decidido estudiar “la doble”. Mi respuesta siempre era que porque el Derecho aportaba un plano formativo y teórico óptimo para la vida diaria, y que por otro lado ADE contenía la perspectiva numérica y práctica que necesitaba intercalar con la vertiente más puramente teórica. Hoy, seis años más tarde, y con más perspectiva, me reafirmo en lo que en su día pensé inocentemente, y, de hecho, al especializarme en Derecho Financiero y Tributario, he seguido el mismo criterio: dentro del mundo jurídico, la rama más matemática y técnica.

El mundo que se abría ante mis ojos con el inicio de la carrera era impensable. De hecho, sigo con una extraña sensación, y es que no se es consciente del mundo universitario, con sus facultades y, por qué no decirlo, bares y fiestas, que existe a los ojos de todos, pero que no ves hasta que no estás en ese mundo. Y ese ambiente, en el caso de Derecho y ADE, me ha granjeado cinco de los años más felices y fructíferos de mi vida.

Dicen que los amigos que haces durante la carrera, son los amigos que durarán toda la vida; que encuentras personas más afines, con tus mismos objetivos e intereses. No puedo ocultar mi voluntad de que esto sea así, y que las personas que he conocido durante esa maravillosa etapa siempre permanezcan ahí.

En lo que al plano más puramente académico se refiere, después del éxito alcanzado en el final de Bachillerato y en Selectividad, intenté iniciar la carrera con más calma. Sin embargo, en el primer examen que tuve, que fue de Fundamentos de la Contabilidad con el Catedrático D. Manuel García-Ayuso, obtuve una excelente calificación, y ello me obligó, de nuevo en ejercicio de mi odioso perfeccionismo, a preparar los exámenes con tiempo, a organizarme, y a llevar las cosas al día. Sí, el tópico de “llevar las cosas al día”, en mi opinión, ha sido la clave de mi éxito, pues ello me ha permitido no faltar a ninguno de los eventos relevantes en mi vida social, encontrando así un difícil equilibrio entre ser joven y sacar lo mejor de mí mismo en términos académicos.

Lamentablemente, no me queda otra opción que mencionar el dichoso virus, si bien intentaré darle una orientación diferente. A todos mis compañeros y a mí el Covid nos pilló, como a España y al mundo entero, desprevenidos y, prácticamente, con las maletas preparadas para nuestro viaje de fin de curso a Punta Cana. Sin embargo, y aunque nuestros planes se frustraron, supimos buscar alternativas, y consolarnos con que se está igual de bien en la piscina de una casita rural de la sierra que en las paradisíacas playas dominicanas, pues lo importante eran dos cosas: la primera, haber terminado dos durísimas carreras; y, la segunda, y aún más importante, seguir juntos cinco años después.

Una vez acabada la carrera, de la cual salimos por la puerta de atrás al no permitirse por razones obvias celebrar una multitudinaria graduación, opté por disfrutar de un verano tranquilo, pues sospechaba que sería de los últimos (por no decir, el último), de total desconexión. Así, incluso antes de acabar la carrera, había completado ya el proceso de selección para el bufete que siempre ha representado para mi familia un ideal de profesionalidad, Cuatrecasas. En este sentido, dudaba profundamente entre dos ramas del Derecho, mercantil y tributario; salí de dudas cuando, en una de las entrevistas, tuve la oportunidad de conocer al gran fiscalista Joaquín Cuesta, socio de Derecho Financiero y Tributario de Cuatrecasas y, entonces, director de la oficina de Sevilla. La entrevista transcurrió con cordialidad y normalidad y, al final de ésta, Joaquín me dijo, sin adornos, que me quería en su departamento. Como verán, fue sencillo salir de dudas.

Después de un verano en el que, además de descansar, trabajé enormemente en mi obra literaria, me incorporé en Cuatrecasas el 1 de octubre, y dos días después inicié igualmente el Doble Máster en Abogacía y Tributación y Asesoría Fiscal en la Universidad de Loyola. Podría, ya que estamos en la recta final, decir que ha sido sencillo y que el esfuerzo basta para llevar adelante dos masters de fama internacional y trabajar simultáneamente en un bufete de primera fila, pero mentiría, ya que he tenido que hacer auténticos malabares para poder conjugar ambas cosas y, además, tener, aunque breves, pequeños remansos de paz para poder desconectar, pasar tiempo con mi familia y amigos y, en definitiva, salir del bucle en el que he vivido todo este último año. Pero, dicho esto, ha sido un bucle que me ha enseñado lo que es aprovechar al máximo el tiempo, y que ha confirmado ese dicho popular de que cuanto más ocupado estás mejor te organizas y más cosas haces.

Del máster de Loyola me llevo no sólo una también adecuada formación para mi ejercicio profesional, sino sobre todo el haber conocido a ciertas personas que también espero permanezcan siempre cerca. Y lo mismo puedo decir de Cuatrecasas, debiendo agradecer especialmente a mi equipo de Derecho Financiero y Tributario el haber sido

profundamente respetuosos con mis extenuantes horarios y, sobre todo, por la paciencia demostrada al haberme enseñado todo lo que he aprendido en un período de tiempo récord. Gracias de corazón y espero poder devolveros ese favor apoyándoos, a partir de ahora, en el día a día.

Y, así, y una vez dicho todo esto, aquí me encuentro, galardonado con un premio del cual no puedo estar más orgulloso, pues no sólo representa la guinda y el punto y aparte a mi trayectoria académica durante cinco años de carrera universitaria, sino que también lleva consigo el añadido de que no son otras manos que las de D. Julio Banacloche, un referente en mi rama del Derecho, de las que tengo el honor y la satisfacción de recibir tan extraordinario reconocimiento.

A día de hoy, puedo decir que siempre intentaré asumir cada reto que me proponga en la vida con la misma dedicación que he demostrado durante el Doble Grado en Derecho y ADE, pues todo esfuerzo siempre, tarde o temprano, fructifica; todas las horas viendo los rayos de luz filtrarse a través de las cortinas mientras estudiabas, y planteándote lo bien que se estaría al sol perdiendo de vista los libros, adquieren pleno sentido cuando llegan momentos tan especiales como el que estoy viviendo hoy.

Me gustaría, de nuevo, dar gracias a Dios, a mis padres y amigos por apoyarme y, por qué no decirlo, por aguantarme en esos días en los que todo parecía negro y las semanas de exámenes interminables, a todos esos profesores que creyeron (y creen) en mí y lo demostraron, y, en general, a la vida, por haberme dado la oportunidad de dedicar el tiempo que he necesitado para prepararme y organizarme.

Empecé esta pequeña intervención citando a T.S. Eliot, y me gustaría terminar leyendo una de mis poesías favoritas, publicada recientemente en la Revista Sibila, y que creo que refleja a la perfección el momento en el que me encontraba cuando la escribí, y que fue la semana en la que hice el último examen de la carrera. Se titula “FINAL” y dice así:

Y, de repente, llegaste

Llegaste a ese punto deseado

A los confines de tus aspiraciones

Al horizonte desdibujado y disperso

En el que la luz se difumina

Y las formas se resquebrajan

Llegaste a ese sitio insospechadamente recordado

Que nunca visitaste y que, sin embargo, añorabas profundamente

Pero allí estabas, callado

Inmóvil y, a la vez, ansioso

Sin saber qué camino tomar

Ante la ausencia de certeza

*Tenías todo, y nada a la vez
Tan sólo deseabas volver al inicio
Para poder de nuevo añorar lo no tenido
Para aspirar a algo superior
Que ahora tienes
Y desprecias profundamente
Esa meta que se convierte en una losa
En una suerte de herida sangrante
Que jamás cicatrizará
Pues ahora lo tienes todo
Y por eso no aspiras a nada
Solo deseas encontrar un camino
Una senda certera
Que te lleve a un lugar seguro y aburrido
Que antes dabas por sentado
Pero el horizonte no tiene caminos
Ni líneas convergentes
Es en ese momento cuando te das cuenta
Que hay ocasiones en que teniéndolo todo
El único camino es volver hacia atrás
Huir de lo impreciso
Escapar de la sensación irreal de tenerlo todo
Para poder seguir soñando
Pues es mejor aspirar
Que vivir eternamente deslumbrado
Por los destellos fugaces de los sueños alcanzados
Y porque los horizontes no son finales
Sino eternos comienzos
O puntos de retorno.*

MUCHÍSIMAS GRACIAS.